



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

COLABORACIONES DE:
CUBA - CHILE - MÉXICO

WWW.OCLESIS.COM.MX

ENERO - JULIO 2024
No. 15

Índice



4. Ciudades como infiernos

6. Escozor

10. Sal de mar

12. Donde anidan los cuervos

14. Desolación

16. Soledad

19. La representación de la
realidad desde el artificio
discursivo

23. Publicidad engañosa

27. La esencia de Amherst

28. Incógnita

30. Pedro

34. Romántica muerte

36. Aire

40. Desprender



Portada e interiores: Alejandro Pérez Cruz

Coordinador editorial: Hugo Israel López Coronel

Editor: Román Esaú Ocotitla Huerta

Diseño editorial: Román Esaú Ocotitla Huerta

Consejo editorial: Penélope Astudillo Albarrán, Jorge Luis Gallegos Vargas y Jennyfer Ramos Gómez

Consejo consultivo: Tirso Castañeda, Gilberto González Morán, Montserrat Morales y Francisco Nocedal Segrete

Contacto: oclesis.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

Licencia Creative Commons:

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Ciudades como infiernos

Por Isis Samaniego

México

Todos hemos caminado la ciudad, hay ciudades hormigueros, ciudades monstruos, ciudades infiernos, también las hay que conjugan todos los adjetivos ruines y nefastos, aunque también una que otra ciudad que nos sonríe y nos acoge en el otro lado del mundo. Ver plasmada la obra gráfica de Pérez Cruz me remonta a esa ciudad hambrienta que despedaza a hombres y mujeres por igual, aunque de entrada nos enamore con sus grandes centros culturales, teatros y luminarias, molls repletos de gente y tiendas trasnacionales, más debajo de las alfombras está la periferia con sus casas de block gris, banda reinventándose cada día para sobrevivir en esta ciudad que aniquila y mata.

Ciudad Neza adornada con sus vericuetos, sus perros callejeros, grafitis enchulando paredes, la basura como empresa; la polución enfermando nuestra garganta y, sin embargo, la palabra se abre paso aún presa de la desolación, rodeada de muerte y entre un aire viciado y oscuro nace la poesía.

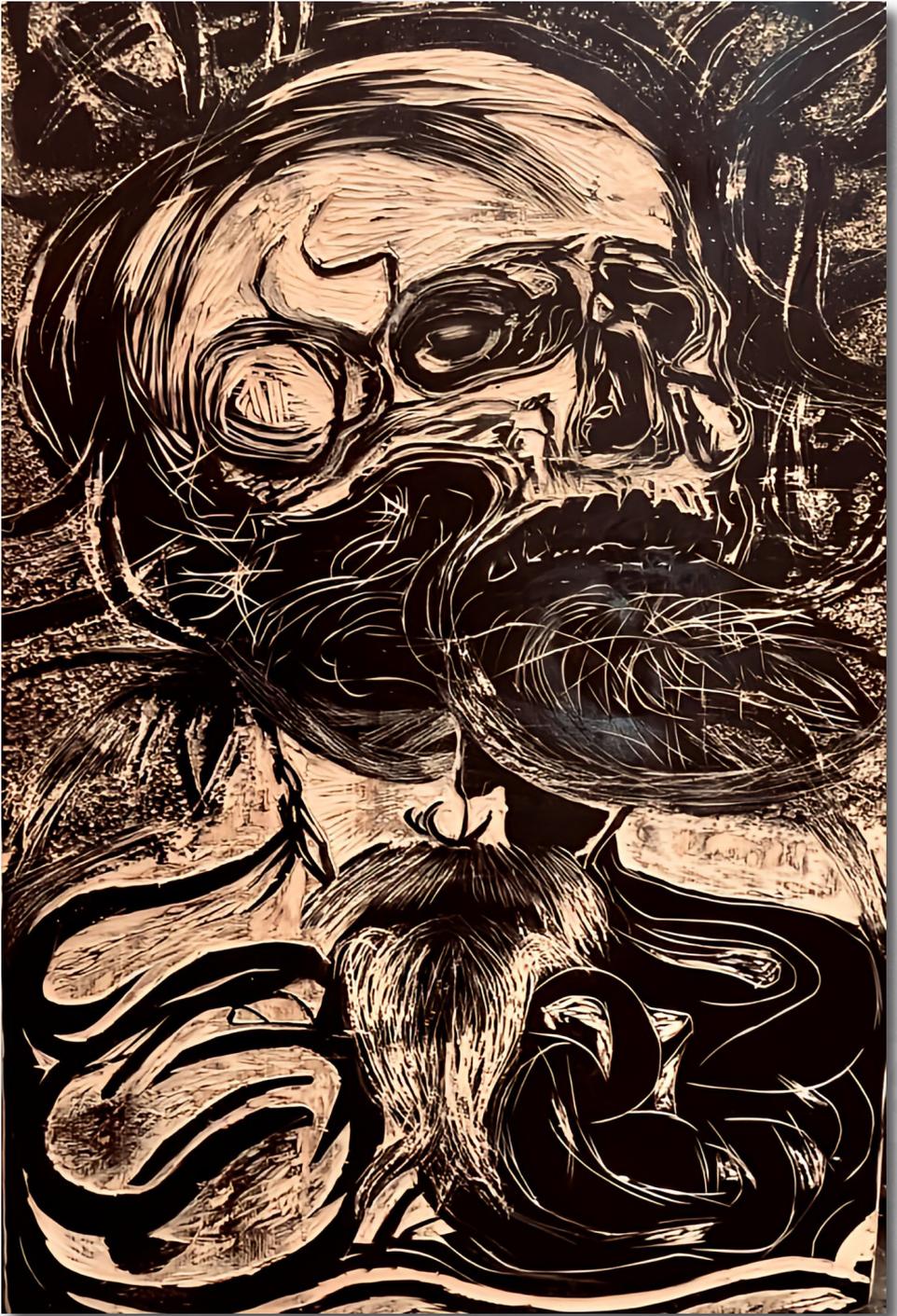
Me llama la atención que en este número quince coincidan la ciudad y sus características de infierno, que autores tan distantes nos afirmen con sus textos cómo se vive en estos tiempos tan desolados en pequeñas urbes o en grandes metrópolis, puedo vislumbrar qué es vivir lo cotidiano en Cuba con sus mitos y creencias, pues la religión y su sincretismo nos ha formado en toda Latinoamérica; y cómo de México a Chile la catástrofe jamás podrá contra nuestro ego y el devenir de la belleza.

La guerra como espectáculo que puede parecer y no ser peligrosa para la raza humana, ahora vista como uno más de los TikTok de alto rating que genera dividendos para ambos contrincantes y que a diario es transmitida en vivo y en directo, normalizando la desesperanza y que, sin lugar a duda, muchos duermen en paz soñando que es uno más de los encantos de la red.

Las ciudades y sus infiernos en cualquier momento también serán declaradas patrimonio de la humanidad.

Sean bienvenidos a este número 15 de la revista Óclesis, Víctimas del Artificio.

El autor tiene un master en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Tlaxcala, escribe cuento y poesía, ha colaborado en diversas revistas físicas y electrónicas; ahora mismo colabora con Crónicas Alimenticias para el portal de Slow Food (Crónicas de Mercado); su último libro es Jacaranda editado por el ITAM (2018). Miembro fundador de la casa Editorial Ediciones Ají.



Escozor

Por Julio María Fernández Meza
México

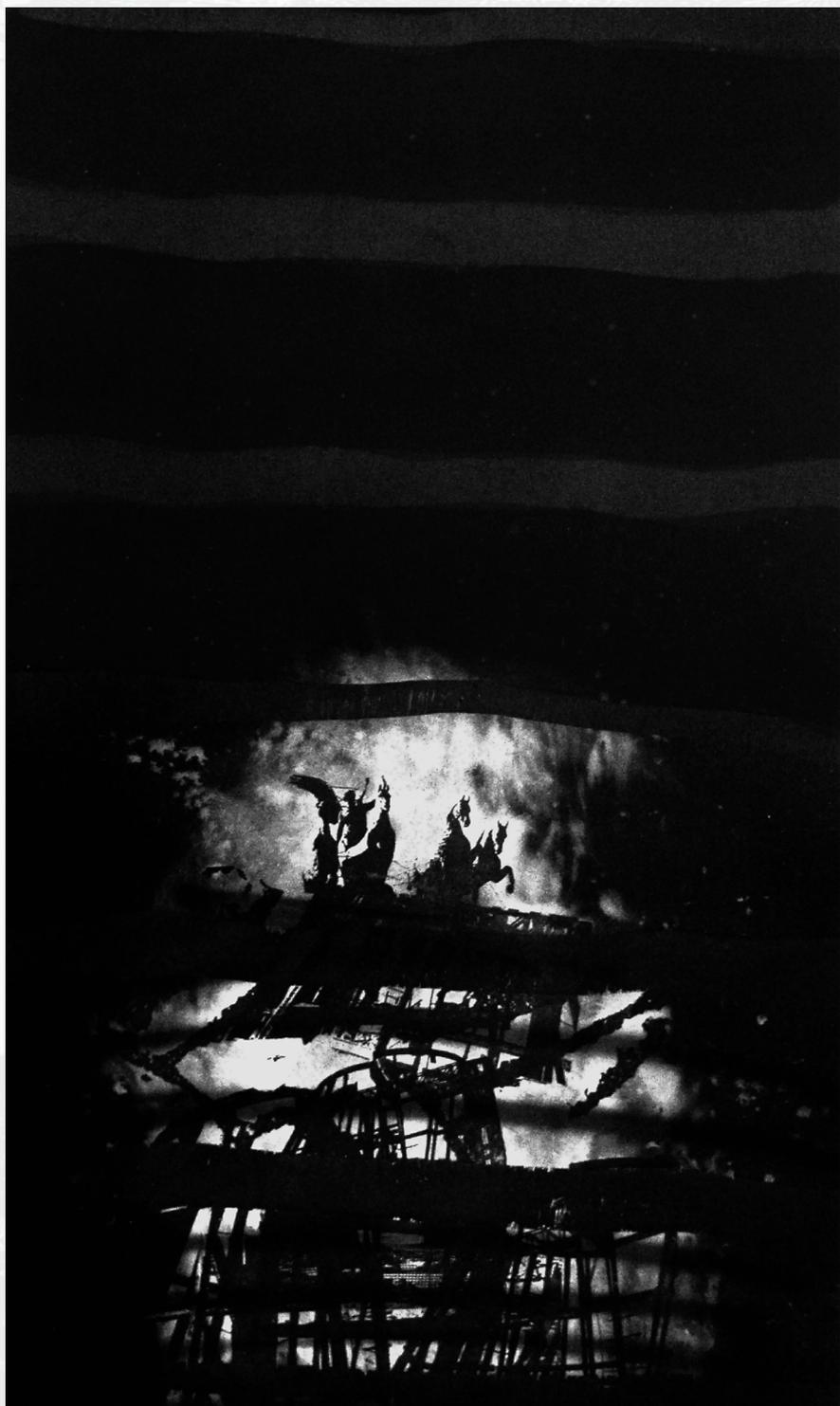
Entré empapado en la juguetería. Vine por recomendación de un amigo. Decidí confiar en él porque he intentado de todo para que mi hijo se aleje de la mugrosa tecnología y crezca con juguetes genuinos. Francamente ya estaba harto. No es que pueda prohibírsela, si no soy mal padre, pero me preocupa que esté todo el día en su computadora.

Desde el escaparate me llamó un hombrecito que se presentó como el vendedor. Sin que se lo pidiera me extendió una toalla. Me acomodé el cabello y soplé en mis anteojos empañados para limpiarlos con el trapo del estuche. Tan pronto me sequé me ofreció té verde. Acepté gustoso. Aunada a su amabilidad, me impresionó su iniciativa. El sujeto atravesó una cortina fea detrás de la trastienda y poco después regresó con una charola que puso en el aparador frente a mí. Sirvió el té humeante en unos vasos de porcelana. También me extendió un plato con galletas, pero me limité a aceptar el té. Dijo que era mejor disfrutar una buena taza en compañía, puesto que la campanita que sonó cuando entré a la tienda le hizo saber que no bebería solo. Seguro que tantos años en el negocio (se veía mayor, yo me defiando de las arrugas) afinaron su olfato. Aún me pregunto, sin embargo, cómo supo lo que buscaba.

Bebimos sin decirnos gran cosa, como solemos hacer con quienes no conocemos, se me ocurrió hablar sobre el clima. El hombrecito se alzó de hombros. Afirmó estar tan acostumbrado a la lluvia que nada se compara con una taza caliente cuando uno más la necesita. Y tenía razón, porque vaya que me subió los ánimos. Señaló que ya no tendría que correr con esa suerte. El tono me extrañó menos por soberbio que por su naturalidad. Me mostró una caja polvosa de madera. Pidió perdón por su aspecto. Luego la limpió con un paño. Era la última a la venta según indicó. Me olió a estafa, puesto que estaba vacía. La abrió como garantía justamente para que no creyera que me daba gato por liebre. Fruncí el ceño. Me serené en cuanto constaté que saldría gratis. Bastaba con aceptarla. La cerró de golpe. La caja funcionaría siempre y cuando se abriera cerca de una persona especial. De lo contrario, no sería más que un objeto ordinario. Pregunté si en realidad era un juguete y asintió. Su sonrisita me hizo recelar.

La caja era vieja, mediana. Carecía de cerradura. Me astillé el dedo al abrirla. ¡Pendejo de mierda! Me vio la cara. Y yo pendejo por caer. En el Uber,

El autor es escritor y crítico literario mexicano. Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Ha publicado textos de creación y académicos.



me lamí la herida, mas no logré sacarme la astilla. Debido a la lluvia, el chofer que me llevó a la tienda me cobró una grosería, además de que me puso una estrella por pelangocho. Ni se diga del trabajo que me costó ubicar el lugarsucho en el centro donde el coche no podía entrar. La basura que me regaló aquel imbécil servirá de alcancía o hasta de monedero. Si el niño no la quiere se la entregare a mi esposa.

En el baño de la planta baja me retiré la astilla con unas pincitas. Supuse que mi hijo estaría dormido. Me equivoqué. ¡Estaba jugando a esas horas! Me metí a su habitación y ni se inmutó. Cuando apagué la máquina armó un escándalo dizque por perder su progreso o algo así. Lo regañé y mandé a acostar. ¡Chamaco éste! ¿De cuándo acá se dio el derecho de alzarme la voz? Habrá aprendido las mañas en las clases o en línea si ahí derrocha las tardes. Se sentó en la cama, cabizbajo. Para animarlo le dije que le traía un regalo, aunque me ignoró.

Volví como a la media hora. Por supuesto, aún no tiene edad para que le dé las llaves de su cuarto. Me escabullí sin problemas, cerciorándome de que estuviera dormido coloqué la caja debajo de su cama y la abrí despacio.

En el desayuno, me percaté de que no se portó distante sino afectuoso como si hubiera olvidado lo de ayer, hasta nos preparó los hot cais a mi esposa y a mí. Mi mujer me sirvió contenta la segunda taza de café. Platicamos un rato. Le pregunté a mi hijo que qué tal le fue en los juegos esos y me salió con que adoró la sobremesa. Me pareció raro. No sonaba a él. Decidí no mencionar el regalo, a ver qué pasaba. Tal vez la caja había surtido efecto y en una de esas el tipo no me timó.

A la hora de la comida mi mujer nos llamó. Me fui a lavar las manos. En cuanto me di cuenta de que mi hijo no había bajado me apresuré a su habitación y una vez más lo descubrí jugando. ¿Qué ganaba con mentirnos? ¿La adulación de sus compañeros de chat, de unos extraños que ni conoce? Estuve a punto de estallar, pero me moderé. Dijo que ahorita bajaba y añadió que ya íbamos a convivir como una familia auténtica. No sé lo que quiso decir. Como tenía hambre lo conminé a que apagara la cochinada y que no se tardara.

Eso no se comparó a lo que presencié enseguida. Mi hijo servía los bis-
teces empanizados por mi esposa. ¿Mi hijo? Así que corrí a su alcoba y casi tiré la puerta de una patada. Ahí seguía pegado a la máquina. Me miró de pasada, sin apartar los ojos del monitor y reprochó en un tonillo antipático que la gente educada toca antes de entrar. La cabeza me zumbó y bajé por un ibuprofeno. No recuerdo si lo ingerí. Todavía sentía dolor al despertarme.

No fue absurda mi desazón. Mi esposa también la padeció. Ella protestó más que yo cuando le hablé de mi desventura. El colmo es que el gemelo resultó

ser igual de obseso de los aparatos que mi hijo. Qué lástima. Él también cayó rondito. En unas semanas, el gemelo se compró él solito su propia computadora. ¡Lo bueno que me había salido este otro chamaco!

Al menos cooperan con los gastos. ¿Cooperan? ¡Qué va! Casi, casi nos mantienen. Seremos unos desvergonzados y lo que ustedes quieran, pero mi esposa y yo convivimos más desde entonces. Como quien dice nos agarró el segundo aire, y pues qué mejor. Yo creo que si las cosas siguen así, nos jubilaremos mucho más pronto de lo que haríamos en nuestros trabajitos sin importancia. Por más que nos moleste que nuestros hijos abandonaran la escuela, es cierto que sus juegos dejan una lanota. Dizque compiten con un chorro de gente y sus suscriptores pagan para ver que los venzan. O algo así. No es como si nosotros podamos verlos. No les gusta que lo hagamos. Pero como no hablan de otra cosa en la comida, pues ya nos acostumbramos. Yo ni le entiendo a esas porquerías y me alegra. Eso sí, ni sé cómo arreglar el dicho. El que dijo que barriga llena, que cuentas claras y que no sé qué tanta mafufada más, no tuvo que lidiar con nada de esto.

Para ser honestos, mi esposa y yo no podemos quejarnos. Digo, es un fastidio que los dos no hagan nada más y que en un abrir y cerrar de ojos van a dejar de ser niños, pero ¿qué le vamos a hacer si vivimos mejor desde que tenemos dos hijos? Además, como se la pasan encerrados, no les hemos presentado el gemelo a los vecinos y los amigos. Bueno, la verdad es que ya lo hicimos. No pocas veces ha ocurrido que las visitas saludan de pasada a alguno de los dos, porque ellos no tienen de otra que bajar por comida. Si no fuera porque tienen que comer, ir al baño y dormirse, no se despegarían de las madres esas. Menos mal que mi mujer y yo los obligamos a que se bañen. Así que apagamos la corriente de la casa y santo remedio.

Desde luego quemé la caja. No me arriesgué a regalarla a nadie más. Ni mi esposa ni yo la volvimos a abrir. Tampoco dejamos que ellos lo hicieran. Mejor eso a que nos saliera el tiro por la culata. Si todo estaba más o menos bien, ¿para qué amolar a nuestra familia auténtica, como bien dijo mi hijo?

En la juguetería me informaron que el tendero murió de causas naturales. No expresé mis condolencias. Confirmé que el tipo y yo no tenemos nada de especial. O yo no lo soy. Me importa un bledo si todavía hay otro como él o si ya se petateó. De todos modos, los de la tienda me donaron un caballito de madera que ninguno de los muchachos usa. A veces lo mezo y se me escapan los suspiros, porque no sirve para nada. El amigo que me recomendó la juguetería dice estar en su mejor época. Sus dos maridos lo consienten hasta más no poder. Qué bueno que no vive cerca. Con el ruido de los juegos tengo suficiente. Así como yo, él también encendió su caja.

Sal de amar

Por *Lucía Nahela Rojo Suárez*

México

La casa tenía el olor de un parto prematuro. Abrir la puerta para entrar fue también abrir a Pandora en dos para hurgarle las desgracias. La perra vino meneando la cola como siempre. Sus huellas de sangre indican el camino a la madriguera absurda que se había imaginado debajo de la mesa del comedor.

Mamá estaba fuera de sí. Se arqueaba de asco, me ordenó limpiar. Iba y venía como una marejada, como un péndulo de rabias. Fui por una jerga y una cubeta. Temblaba yo porque sabía, pero me callé. Cada noche nuestra perra encomendaba su maternidad carente a los pies de mi mamá. Los lamía durante horas; una, y otra, y otra vez la lengua o el cincel hasta que harta mi mamá huía. Cambiar de postura no era suficiente, tampoco ocultarse bajo las cobijas. Qué incansable las madres cuando se confunden. Ahí iba el animal a meterse bajo las sábanas aunque las rompiera, ahí la seguía como uña encarnada aunque caminara: Un paso, un beso, un paso, un beso. Aún cuando mamá usaba zapatos, la perra hacía el intento por filtrarse entera entre las costuras.

En silencio todos advertimos el gesto de jaculatoria, de entrega o intercambio. Qué perfecta madre la que se dona como ofrenda, la que alterna lugares con Issac.

—Los perros huelen cosas, —dijo la vecina cuando le contamos— algo le estará curando.

Nunca la llevamos a cruzar, así que cuando me hiqué para lavar el charco, este se me presentó como la boca abierta de algún odio dormido, de un grito a pulmón cerrado. Nada había nacido de ella más que una piedra de sal. Grande como un cráneo de niño, irregular, como el llanto cuando revienta.

Dormimos a la perra días después, tenía meses que lo esperábamos. Nunca hablé con nadie sobre la piedra. Le corté pedazos pequeños para llevarlos en el bolsillo. Se me han ido acabando, porque a veces, cuando me acuerdo de mamá o del mar revuelto, me da por mirar atrás y lamerlos.

La autora es egresada de la FCPyS y ha colaborado con poesía y narrativa en publicaciones digitales.



Donde anidan los cuervos

Por César Lontananza

México

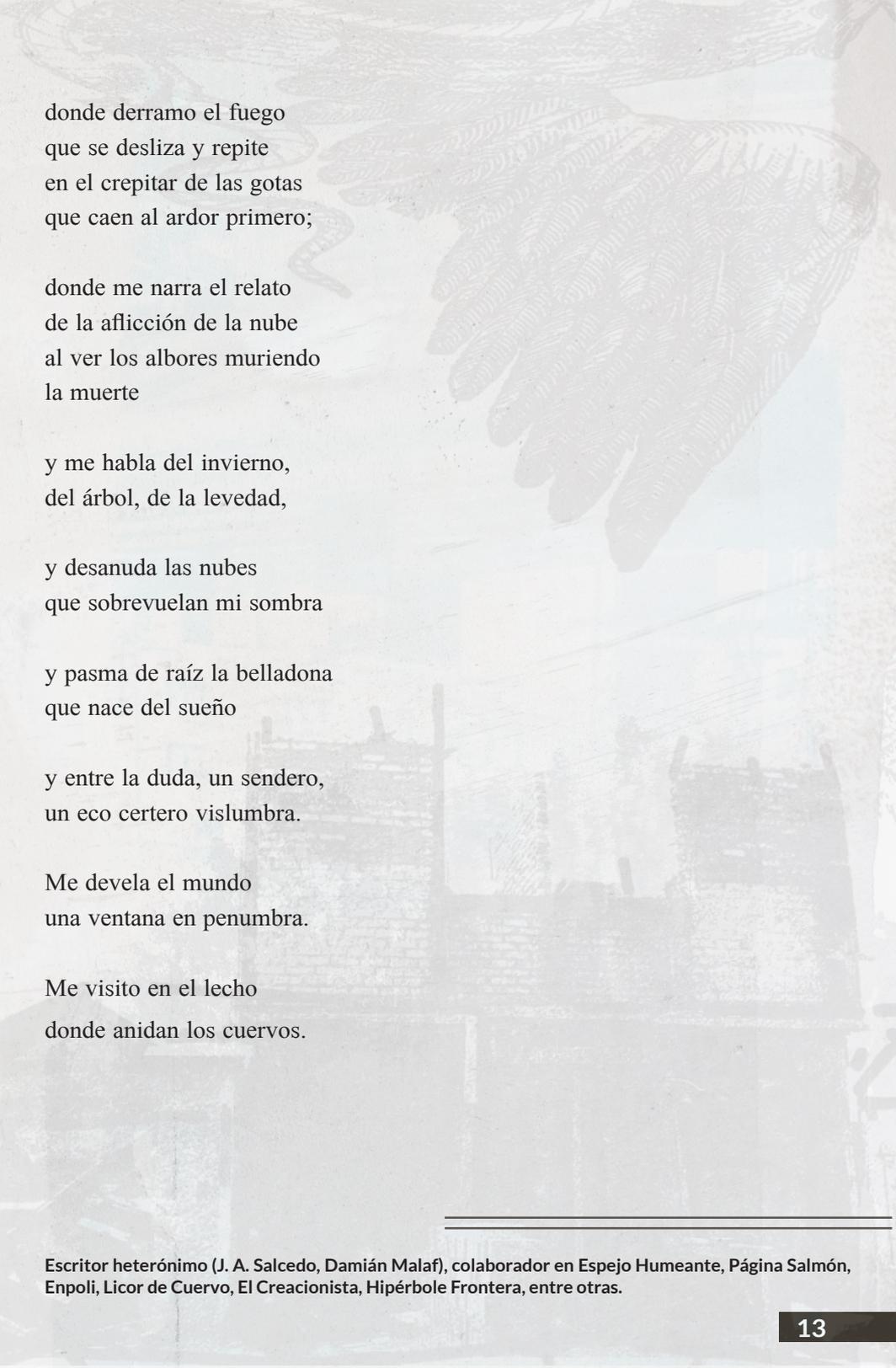
Cuando nombro la angustia
y se acerca la fría
mano de niebla
que tiende una encrucijada;

cuando la caricia diaria
empaña el brillo
que despide la gema
que reservan los días
y colma la pupila
con la fulgente alegría
que inspira la caricia diaria;

cuando me abandona la noche
y emerjo a la vigilia
guardando el secreto
del humo negro pesado
que se condensa
detrás de la oreja,

me visito en el lecho
donde anidan los cuervos,

donde despierta la estatua
que desentierra mis ojos
y somete la sangre
al rigor del silencio;



donde derramo el fuego
que se desliza y repite
en el crepitar de las gotas
que caen al ardor primero;

donde me narra el relato
de la aflicción de la nube
al ver los albores muriendo
la muerte

y me habla del invierno,
del árbol, de la levedad,

y desanuda las nubes
que sobrevuelan mi sombra

y pasma de raíz la belladona
que nace del sueño

y entre la duda, un sendero,
un eco certero vislumbra.

Me devela el mundo
una ventana en penumbra.

Me visito en el lecho
donde anidan los cuervos.

Desolación

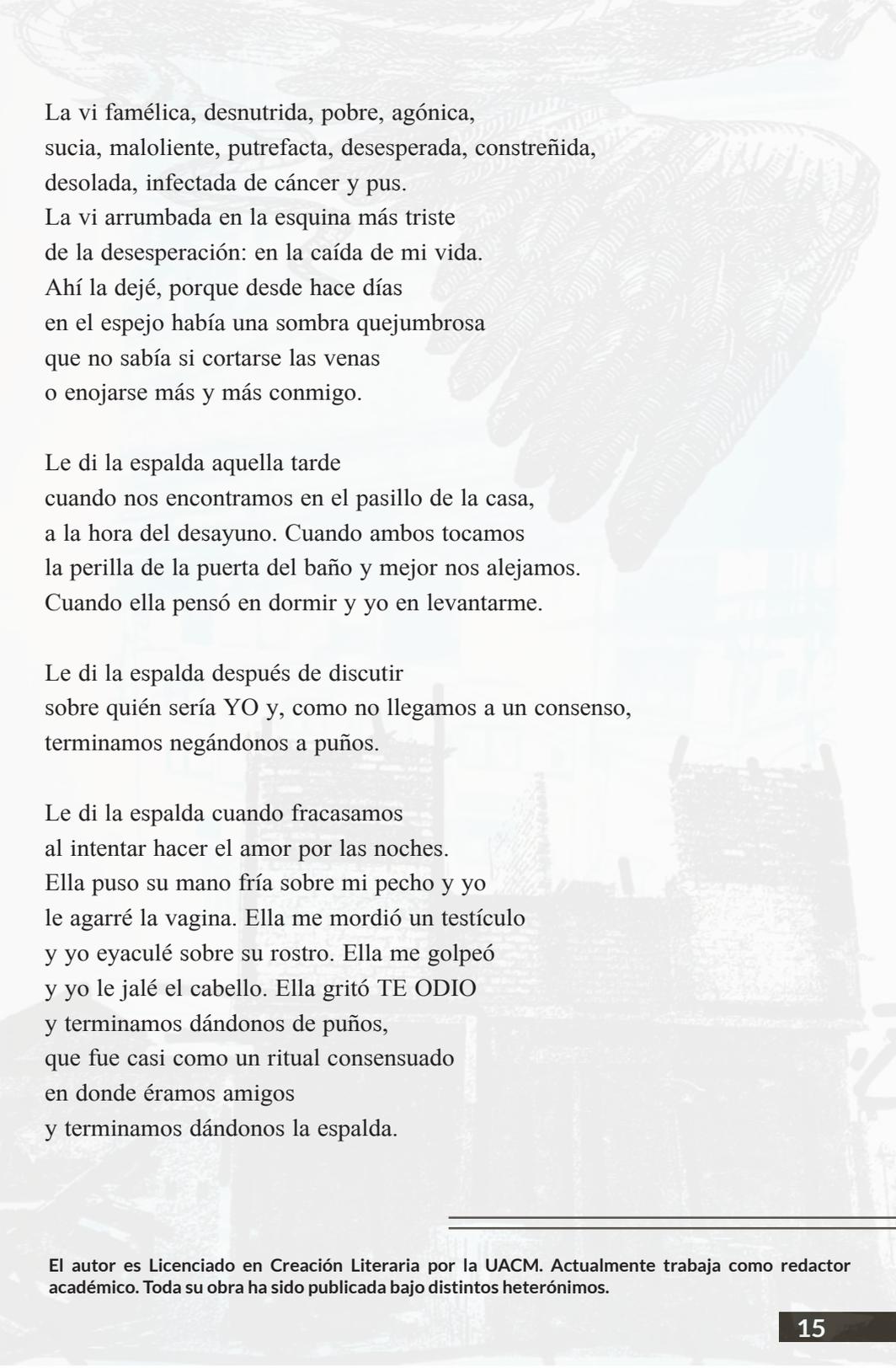
Por Ángel Hernández

México

Vi a mi alma tumbada en la cama.
Dudaba, mirándome de reojo,
como comprobándose el pulso.
La vi apartar los ojos cuando me acerqué
y me mostró los puños.
Escupió al suelo
como dibujando una larga línea entre nosotros.
La vi mirarme desde la cabecera de la cama,
cubriéndose con todas las cobijas.
Pasé frío toda la noche,
toda la semana. Toda la vida.

Vi a mi alma contemplar el horizonte desnudo,
sin mí; tomar el autobús, sin mí; alejarse, sin mí;
perderse, sin mí; mirar fijamente un gato muerto en la calle,
pensando en mí; mirar afligida la Nada,
como dudando de sí misma, sin mí; contemplar el cielo, sin mí;
llorar al alba, sin mí, sin mí, sin mí.
La vi desbordando de odio
al verme fracasar. Fui a su lado
para hacer las paces y me ignoró.

Vi a mi alma llorar. Inyectarse
kilos y kilos de estúpida fatalidad.
Consumir pastillas para el odio
y vestirse con indiferencia.
La vi sufrir, pedir ayuda en los momentos
más tristes y estúpidos de la vida,
pero no a mí.



La vi famélica, desnutrida, pobre, agónica,
sucia, maloliente, putrefacta, desesperada, constreñida,
desolada, infectada de cáncer y pus.

La vi arrumbada en la esquina más triste
de la desesperación: en la caída de mi vida.
Ahí la dejé, porque desde hace días
en el espejo había una sombra quejumbrosa
que no sabía si cortarse las venas
o enojarse más y más conmigo.

Le di la espalda aquella tarde
cuando nos encontramos en el pasillo de la casa,
a la hora del desayuno. Cuando ambos tocamos
la perilla de la puerta del baño y mejor nos alejamos.
Cuando ella pensó en dormir y yo en levantarme.

Le di la espalda después de discutir
sobre quién sería YO y, como no llegamos a un consenso,
terminamos negándonos a puños.

Le di la espalda cuando fracasamos
al intentar hacer el amor por las noches.
Ella puso su mano fría sobre mi pecho y yo
le agarré la vagina. Ella me mordió un testículo
y yo eyaculé sobre su rostro. Ella me golpeó
y yo le jalé el cabello. Ella gritó TE ODIÓ
y terminamos dándonos de puños,
que fue casi como un ritual consensuado
en donde éramos amigos
y terminamos dándonos la espalda.

Soledad

Por Alejandro Chang Hernández
Cuba



Se agitó, despertándose. Entreabrió los ojos y la luz refractada en los cristales le gritó que ya era más de mediodía; inútilmente se acomodó, tratando de regresar a su mundo de pesadillas. El sueño no es gran remedio para la soledad.

Soledad. Amarga, triste y terrible soledad. Paseó la mirada cargada de hastío por la habitación, por los muebles y objetos grabados en su memoria desde mucho tiempo antes. Verlos de nuevo ya daba náuseas, pero tal vez la ventana... Avanzó, tiró de los cordones y algo parecido a la desesperación asomó a sus pupilas al mirar entre las persianas abiertas.

Nada. La calle es la misma, las casas son las mismas, las hierbas son las mismas y no hay nada, ni calor, aun estando el sol afuera. Más sí, calor sí hay y un poco de compañía, pero ajenos a su vida. Allí en la esquina, junto al poste.

Allí está otra vez ese viejo estúpido con su perro, casi tan viejo y sucio como él mismo. Todos los días, a las mismas horas..., los únicos seres vivientes en la calle.

Ahora los miró con rabia, con envidia, porque ellos no están solos como él, porque saben con toda seguridad, mutuamente, que a la hora fijada el



otro estará ahí para jugar y hablar y discutir lo que han hecho durante el día.

Recordó una tarde en que el viejo se atrasaba y el perro esperaba solo en la esquina; aprovechando la oportunidad trató de congraciarse, de llevarse al perro con un buen pedazo de carne para tenerle junto a sí, para disfrutar de su compañía, para tener a alguien que le quisiera y necesitara. Por eso odiaba al perro, porque en aquella ocasión huyó ladrando y mostrándole los dientes, para reunirse con el viejo, que se acercaba calle abajo, dirigiendo una mirada de burla a la figura solitaria junto al poste, que apretaba en sus manos un trozo de carne despreciada.

Ahora los veía juntos otra vez y contemplaba cómo el perro engullía los mendrugos traídos por el viejo, confiadamente, y luego se iban los dos caminando bajo el sol.

En su cerebro tomó forma la idea de súbito. Seguirlos; vigilarlos, ver qué hacían cuando nadie los observaba. Salió rápidamente y los vio doblar la esquina.

Tras ellos corrió y pasó frente a la puerta por donde había entrado el viejo. Del perro sólo quedaba el rabo perdiéndose a lo lejos. Cuando regresaba, cansado y vacío, masticaba la amistosa despedida del perro y el viejo. Parecía

que se citaban de nuevo para después, en la tarde. Y un rato más tarde se dio cuenta de que el viejo vivía detrás de su casa, por la calle del fondo.

Llegó a la puerta, entró y fue hacia la cama sin pensar, buscando como un autómatas alguna negra pesadilla que le hiciera olvidar que estaba solo. Cerró los ojos y se quedó medio dormido.

Como en sueños sentía al viejo descansar tranquilo y al perro vagabundear por las calles; pensó que ahora estaban solos, solos como él y casi se alegró. Pero no estaban solos aunque no estuvieran juntos y se revolvió en la cama rumiando su odio.

De pronto, se contrajeron sus músculos, clavó los ojos muy abiertos en el techo y vio la solución. Comenzó a darle vueltas la cabeza y el pensamiento: si lo hiciera, si lo hiciera. “Sería fácil”, pensó; a esa hora no había nadie en la calle, como a cualquier otra hora, el viejo estaba solo. Su boca se contrajo en una mueca, salió al patio y saltó el muro que separaba las casas.

Ya está cayendo la tarde; por primera vez siente alegría al ocultarse el sol. Ahora no tiene más que esperar a que el perro aparezca en la esquina para terminar su plan. Si ese animal comprendiera... Se ríe.

El perro parece extrañado por la tardanza del viejo. Vuelve la cabeza al verle salir y gruñe cuando se acerca al poste. Le llama, pero el animal da vueltas, mirándole a los ojos y se aleja con la misma mirada fija, acusadora.

Regresa a la casa. Todo está perdido; ese perro estúpido, salvaje. Pero ahora se quedará solo, como él. Duerme...

¿Qué es ese ruido? La calle parece hervir, junto a su casa, gritos, el tumulto. Corre a la ventana y se asoma: gente por decenas en la calle siempre muerta, hombres, mujeres, niños. ¡Ya no hay soledad!

Va a salir, a gritar, a reír con ellos, pero nota las miradas de espanto. Lentamente gira y lo ve allí, el perro muerto junto a la mano descarnada, la tierra desgarrada por las uñas.

La representación de la realidad desde el artificio discursivo: entrevista a Alejandro Pérez Cruz

Por Jorge Luis Gallegos Vargas

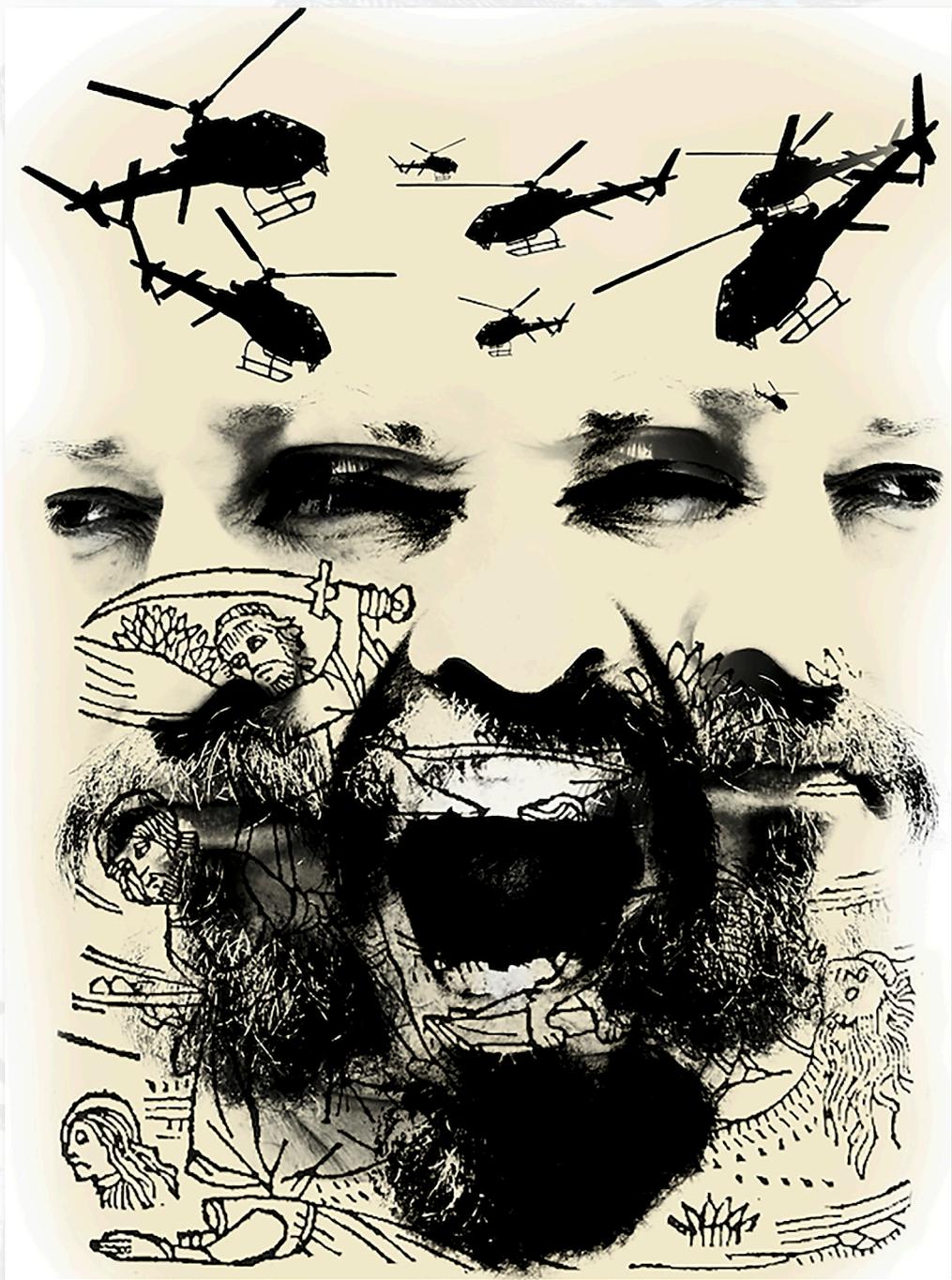
México

Las construcciones sociales están moldeadas por las percepciones y las interpretaciones que de ella se tienen; por ello, hablar de realidad es hablar de todo aquello que va más allá de lo que ha sido nombrado en verdades absolutas. La realidad es un artificio discursivo que rompe con la noción que se tiene de la interacción entre lenguaje y discurso, y, por ende, la deconstrucción de ambos dentro de la misma realidad. Y es justo desde este artificio en el que se presenta la obra del artista plástico Alejandro Pérez Cruz. La realidad plasmada por él resuena en cada una de las páginas de este número 15 de Óclesis. Su pasión por las artes visuales y la gráfica han sido constantes a lo largo de su vida, aspectos que han dejado una huella muy importante en el ámbito de la gráfica, no sólo mexicana sino también internacional.

Desde temprana edad el artista demostró facilidad para la creación artística; sin embargo, fue a raíz de la tragedia generada por el terremoto del 1985 lo que lo enfrentó a una cruenta realidad en una ciudad, la Ciudad de México, enmarcada por el caos y la destrucción. Su andar por la ciudad devastada lo llevó a la Escuela Nacional de Artes Plásticas, lugar donde interactuó con personajes como Gilberto Aceves Navarro e Ignacio Salazar.

Su interés y amor por el arte, y en especial por la gráfica, lo han encaminado a desempeñarse como docente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y otros espacios académicos; asimismo, su acercamiento con la gráfica contemporánea le permitió percatarse del desolador panorama de la plástica: no hay presencia de ésta en las galerías, en las semanas del arte o en las ferias, incluso, afirma que no existe un mercado para la comercialización de la gráfica.

Pérez Cruz afirma que la gráfica tiene poca fuerza aún, a pesar de que en la década de los sesenta diversos creadores europeos generaron códigos a través de los cuales se estableció un mecanismo para firmar, editar y crear una imagen múltiple o representaciones de una placa o matriz, y con ello, establecer un sistema para valorar este trabajo; sin embargo, ese documento limitó el mercado de la gráfica; además, ésta se enfrenta al problema de la reproductibilidad, por lo que no existe confianza por parte de los compradores y coleccionistas; empero,



en los países exsocialistas, la gráfica mexicana ha encontrado espacio importante para su proyección y comercialización

Alejandro Pérez confiesa, también, que la gráfica es partícipe de la historia ya que mueve masas; es un arte social, panfletario y político; no obstante, hoy, ya no hay gráfica en las marchas ni en los movimientos sociales. Además, no hay documentación en las universidades y, aunque hay investigación al respecto, no existen catálogos ni interés en su proyección.

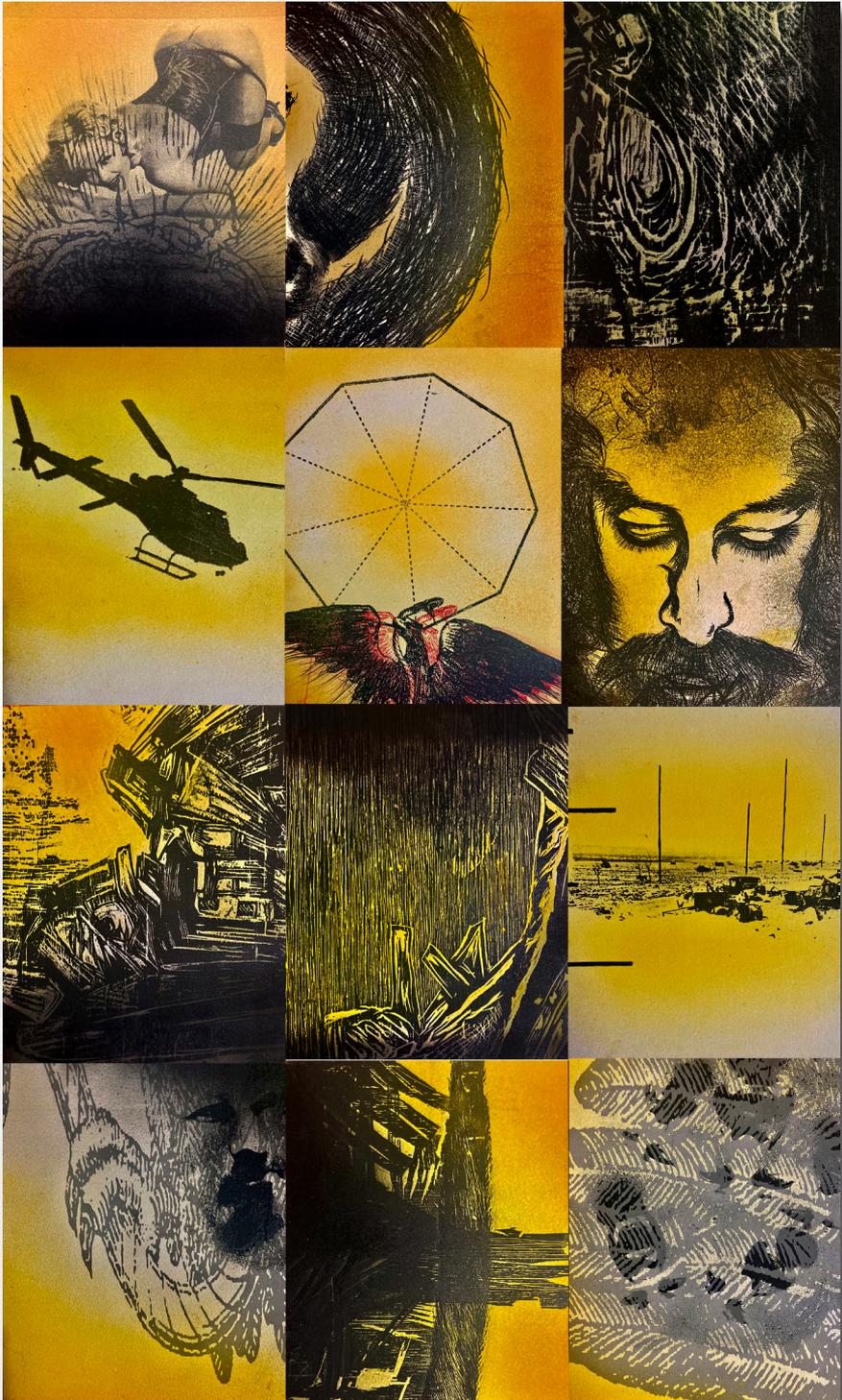
Fue durante la pandemia global en la que el artista plástico se confrontó con ese artificio llamado realidad; gracias a un texto periodístico que cuestionaba si la pandemia estaba ocurriendo o no, se percató cómo es que la normalización crea realidades que no lo son pues gracias a este evento mundial se desveló una nueva realidad: el encierro, el conocer y el convivir con personas cercanas, así como leer el mundo de formas distintas cuando se tiene desesperanza, o bien, realidades sensitivas desde el olfato y el gusto que se modifican, lo que nos ha llevado a confundir la cotidianidad con la realidad. Este evento sirvió como fuente de inspiración para *Obra negra*, colección que centra su temática en la catástrofe y el caos, donde el color negro, central en la obra, se puede interpretar como la nada; además, funge como una metáfora de lo humano: somos una obra negra inacabada.

El tema de la obra de Alejandro Pérez Cruz es el terremoto del 85, esto, porque a través de su obra intentó sanar sus cicatrices que a la postre dejaron huellas; años más tarde encontró inspiración en deshuesadores de Santa Cruz Meyehualco, los basureros de la ciudad de México y el nacimiento de una de las zonas comerciales y residenciales más lujosas del país: Santa Fe.

La construcción de Santa Fe, así como un viaje realizado a Europa, le llevaron a la reflexión que las ciudades están compuestas por un reciclaje: el mundo contemporáneo se encuentra construido sobre las ruinas de otra ciudad, o de un basurero; las ciudades se construyen sobre utopías, sobre imaginarios idealizados. Gracias a ello comenzó a incorporar la ironía, el color y la digitalidad, todo ello entre el caos y la geometría, rompiendo sus propios esquemas. Su nueva obra, enmarcada en estas líneas temáticas, será presentarla en el Museo de la Estampa y en el Museo José Guadalupe Posada.

Si deseas conocer más de la obra del artista plástico visita las páginas de Óclesis, a partir de mayo de 2024 conoce su taller en Ciudad Nezahualcóyotl, o bien en sus redes sociales, Facebook e Instagram, donde puedes encontrarlo como Alejandro Tga Pérez Cruz.

El autor es miembro del Consejo Editorial de la Revista Óclesis. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la BUAP y profesor en materias del área del lenguaje y comunicación en la BUAP y otras casas de estudio.



Publicidad engañosa

Por *Génesis García*
Chile

Como todo, al principio, no pareció demasiado importante. Todos los protocolos políticos y diplomáticos del mundo fueron diseñados para evitar una catástrofe como esa, pero el orgullo y la codicia pudieron más que el sentido común y la justicia. Las tensiones escalaron poco a poco. Los dimes y diretes entre potencias fueron aumentando de intensidad con el paso de los años y un nutrido grupo de civiles comprendió que la paz se alejaba lentamente del panorama y que los cascos de la guerra resonaban en el ambiente. Alexander fue uno de ellos. Su diagnóstico de ansiedad, al que tantas veces maldijo, al fin parecía tener una utilidad. El acopio fue un proceso gradual, sutil. Al principio, fue una botella extra de champú en el carrito del supermercado; luego, dos latas más de guisantes, un kilo extra de harina y tres bolsas de arroz extra. El mes siguiente, fueron las baterías. Mantas, herramientas, alimentos enlatados al por mayor. Medicamentos, materiales de construcción, vendas y alcohol como para desinfectar a un batallón. Vacío el garaje y lo llenó hasta el techo de estantes donde almacenar sus compras. Su esposa comprendió que algo pasaba cuando habló de contratar a un contratista para construir un búnker en el jardín.

Los regaños y la extrañeza se convirtieron en discusiones de proporciones cuando nadie pudo disuadirlo de su idea y un grupo de trabajadores apareció en el patio, echando por tierra sus rosales premiados. Más temprano que tarde los papeles del divorcio aparecieron sobre la mesa y la mujer que lo acompañó durante seis años desapareció de su vida. No le importó demasiado. Así tendría más para él. El panorama internacional se volvió más complejo cuando un misil del gigante asiático cayó en territorio aliado por error. Las acusaciones subieron de tono y mientras un bando se defendía, el otro atacaba sin piedad, trayendo a colación los errores del pasado. Los organismos internacionales perdieron toda injerencia en cuestiones oficiales y las voces llamando a la paz se perdieron entre las órdenes militares y los gritos destemplados de aquellos que acumularon odio por décadas, y finalmente, encontraban una salida a su rabia.

La alarma y el miedo invadieron el corazón de la gente como una plaga. Los supermercados y comercios se convirtieron en campos de batalla cuando las personas, desesperadas, luchaban por los últimos rollos de papel higiénico y fórmula para bebés. Las calles se convirtieron en un infierno cuando comenzaron los saqueos. La policía no daba abasto para contener el ímpetu de la gente

desatada ante la certeza de una muerte próxima. El fin se acercaba y eso parecía haber borrado los límites que impone la ley y la moral y ya nada ni nadie estaba a salvo. Excepto, claro, Alexander. En cuanto comenzaron las protestas y los saqueos, él se retiró tranquilamente a su búnker privado, ignorando las llamadas de su ex esposa y otros familiares lejanos. Nadie quiso escucharlo cuando advirtió sobre lo que pasaría, ¿por qué los escucharía él ahora? Que lloraran en otra parte, él no compartiría los frutos de su trabajo con nadie.

Y, finalmente, llegó el día. La cara del periodista que narraba las noticias estaba tan blanca como el papel que sostenía entre sus manos cuando anunció que el gobierno había lanzado la primera ojiva nuclear a territorio enemigo. Las bajas se contaban por centenares de miles y las represalias no se harían esperar, declaró con voz temblorosa. Efectivamente, no se hicieron esperar. Trece horas después de la primera detonación en el corazón del dragón, las alarmas comenzaron a sonar, llenando las calles de pánico y pavor apenas minutos antes que la llamarada de la venganza cayera sobre ellos. La explosión fue brutal. La tierra tembló y se agrietó, el aire se encendió en llamas y un brillante y repentino rayo de luz cegó a todos los que tuvieron la mala suerte de estar cerca. Aunque quizás no fuera algo tan malo perder la vista. Al menos no tuvieron que ver como la carne se desprendía de sus huesos y sus cercanos se volatilizaron frente a sus ojos. No lo vieron. Pero sí que lo sintieron.

Los gritos de angustia se convirtieron en la música ambiental de las principales ciudades y pronto, todo lo que un día fue bueno y bello, todo el futuro que pudieron soñar, todas las esperanzas, todas las certezas desaparecieron, literalmente, en una nube de humo. Y mientras el mundo se convertía en un infierno de dolor, sangre y cenizas, Alexander vivía feliz, a ocho metros de profundidad, rodeado de una capa de concreto de medio metro de espesor. Los contratistas señalaron que la profundidad debía ser mayor y el concreto más grueso, pero Alexander no compró su discurso. Todo el mundo sabe que los contratistas intentan sacar el mayor provecho de sus clientes y que insisten en hacerlos gastar más dinero del necesario. Al principio dudó, porque la empresa tenía muy buenas referencias y se decía que su trabajo era el mejor. Pero, sus dudas terminaron cuando sus amigos en los chats de preparación y supervivencia insistieron que con esa profundidad y grosor estaba fuera de peligro. Y, al final, tenía razón.

La explosión fue a menos de veinte kilómetros de su casa y Alexander sintió toda la fuerza del impacto, incluso dentro de su refugio. La fuerza de la detonación hizo caer varios de sus estantes y un hilillo de polvo y escombros cayó sobre su cabeza, pero, seguía vivo e ileso y el hombre se congratuló internamente, pensando en todos los tontos que se negaron a escucharlo y lo llamaron loco cuando anunció que el fin se acercaba. “¿Quién se ríe ahora?”, pensó un par de días después, quitándose la ropa para darse una larga y merecida ducha.

Cogió una botella de champú anticáida y esparció la espesa sustancia por su cabello, tarareando entre dientes. Era el fin del mundo conocido, pero no estaba dispuesto a rendirse ante la inminente calvicie. Llevaba años peleando contra la caída del cabello y no se detendría ahora. Después de todo, quizás alguna de las chicas del chat había sobrevivido. Esperaba que sí. Ojalá fuese Heather, con su lindo cabello rubio y sus enormes tetas que desafiaban la gravedad. Cuando las cenizas se asentasen y fuera seguro salir, podría buscarla para repoblar la tierra. Era su deber como ciudadanos respetables, después de todo. Y sería todo un placer. Sonriendo ante la idea, siguió lavando su cabello hasta que notó algo suave entre sus dedos. Se quitó bruscamente el jabón del rostro y observó con horror el mechón de cabello en su palma.

– ¡Hijos de perra! – exclamó, furioso al ver como el agua arrastraba por el drenaje su hermoso cabello. Su primer pensamiento fue demandar a la compañía, pero, pronto recordó los eventos de los últimos días y una carcajada dejó su garganta. Esperaba que todos los estúpidos ejecutivos estuviesen muertos. Se lo merecían – Estúpida publicidad engañosa...– gruñó, terminando de lavar su, ahora, escaso cabello.

La autora es historiadora y escritora. Sus obras han sido publicadas en diversas revistas especializadas, tales como Interlatencias, Especulativas, Cósmica Fanzine, Anapoyesis, y Teoría Ómicron, entre otras.



La esencia de Amherst

Por *Donovan Aduna Correa*
México

En memoria de Emily Dickinson (1830-1886)

Prolíficas sombras, rasguñando
con los versos más obedientes
las paredes de este “natural”
hospicio de costillas.

La vi llegar, educando
con voz a los que no hablan,
con eco a los que no escuchan,
con vida a los condenados a muerte.

Sólida aprendiz.
Dulcinea de poemas
y de poetas moribundos
acurrucados en el ropaje
blanco de sabor “esperanza”.

Madre de los mausoleos.
Musa de los cantos del ruiñeñor.
Humilde princesa que escribía...
“Fui a la escuela, pero no tuve instrucción”

El autor es Licenciado en Biología. Ha contribuido en eventos y revistas literarias nacionales e internacionales. Es miembro activo de la Academia Nacional de Poesía de la Ciudad de México.

Incógnita

Por Rodolfo Ruiz Vázquez

México

En su lecho de muerte, comprendió el chiste. No le dio risa, y aunque le hubiera hecho gracia, la afasia y la parálisis le habrían impedido demostrarlo. En su momento, mucho antes de la embolia, lo había creído un comentario intrascendente más del nieto mayor, uno de los parientes reunidos en el cuarto, además de la sobrina lejana que hacía las veces de enfermera y de algunas amistades más o menos cercanas, sin contar a los conocidos interesados. El nieto mayor era un tipo trabajador, serio y formal rayando en lo solemne, cualidades que le habían granjeado la herencia y a causa de las cuales el cadáver viviente había pasado por alto el chiste. Era un mal chiste, bien visto, pero inusualmente insidioso viniendo de alguien tan correcto y acartonado. Inmóvil y sin voz, rababa por no poder desheredarlo y heredar al nieto menor, el tonto, si acaso aún había tiempo de madurar alguna forma de comunicación a base de guiños, y sólo entonces llamar al albacea, hacer los cambios y morir sin agravios y en paz. La situación misma le era enfadosa por su poca originalidad; seguro se había hecho una película sobre el tema, dos horas de analepsis para narrar la vida del moribundo o moribunda, desarrollar su carácter, desentrañar lo más recóndito de su alma y todo eso.

Escuchaba las menudencias sobre el clima y sobre un terremoto quién sabe dónde; el nieto mayor, como siempre, hablaba del trabajo; el tonto asentía según su costumbre, dándole a entender al primo mayor que entendía lo que no



entendía. Antes de aburrir a otro pariente con su (único) tema laboral, el nieto mayor repitió, palabra por palabra, el chiste. La carcajada del tonto le produjo un estrujamiento similar al de la embolia. Dejó de escuchar las pláticas en favor de sus pensamientos. El nieto menor, al parecer, era menos tonto de lo que creía. ¿Le había visto la cara como lo había hecho el nieto mayor? ¿Cuántas veces se habrían reído para sus adentros, uno y otro, cuando, antes de la embolia, los dos eran objeto de su mordacidad entre líneas? De haber tenido uso de su cuerpo, habría empleado el último soplo de vitalidad dándoles sendos madrazos.

Tomándole el pulso, la sobrina lejana le sonrió y fue a tomar un bocadillo de la mesa esquinera. Con la boca llena, la joven estudiante de medicina encareció lo sabrosos que estaban. La sonda por la que le administraban una papilla sin sabor le sugirió la apetitosa asfixia de la aplicada estudiante. Le quitaría los reflectores, pero la revancha de una muerte prematura, de una carrera cortada de tajo por un bocadillo, era irresistible. De haber podido, se hubiera carcajeado. De haber podido, hubiera envenenado los tentempiés, pagados, al igual que casi todo (desde los estudios del mayor y de la flamante estudiante de medicina y la mesada del tonto hasta el funeral y la incineración), con su dinero. Bola de parásitos.

El mayor se acercó a la cama, tramitó las fórmulas adecuadas a tan lúgubre escenario y, besándole la frente, le dijo palabras a su estilo, más cortesces que afectuosas. Se despidió de los demás y se fue. Lo vio cerrar la puerta con un odio que devino en pánico al preguntarse si las afectuosas cortesías que acababa de oír escondían un chiste cifrado, una burla que, probablemente, no le daría tiempo de comprender. Cuánto le llevaría descifrar el nuevo chiste fue su último pensamiento.



Pedro

Por Jonathan Sánchez Marrero
Cuba

En la última fila de lunetas del Magical Oz Cinema, Pedro Prokófiev enciende un cigarrillo. La sala está casi vacía. La multitud de la ciudad disfruta de Dumbo en la sala siguiente. La película enloquece a todos. Pedro también la ama, pero necesita alejarse de la imagen gigante del ratón Timothy en la pantalla.

Escucha pasos acercarse. Exhala una humareda por la nariz. La espera termina.

—¿No sabes que aquí dentro no se debe fumar? —dice el hombre de la sonrisa lobuna al sentarse a su lado, quitándose el sombrero y llevando su propio cigarrillo a la boca.

—Detective Wolf —murmura Pedro a modo de saludo.

—Prokófiev —responde el detective. Dirige su mirada a la pantalla, que muestra las últimas noticias de la guerra—. ¿Cómo va el negocio?

Pedro observa el perfil del rostro de Wolf; pareciera que en cualquier momento el detective le arrancará el cuello de una mordida.

—El negocio va a terminar —Pedro aprieta inconscientemente el brazo de la butaca.

Una estruendosa carcajada colectiva, proveniente de la sala contigua, llena el ambiente. Wolf frunce el entrecejo y retiene la risa.

—Hablo en serio, detective... ¿Ha visto esa película nueva? ¿Dumbo? ¿No? Hay... hay un ratón muy simpático que ayuda a un elefante bebé a volar...

—¿De qué hablas?

—El elefante siempre ha tenido el poder de volar, pero no la confianza necesaria en sus capacidades. Entonces, el ratón lo engaña diciéndole que si lleva en la trompa una estúpida “pluma mágica” podrá volar sin problemas. Mierda psicológica, ¿sabes?

Wolf se inclina un poco hacia él. Arroja al suelo la ceniza de su cigarrillo dándole suaves toques al filtro. Logra ver el reflejo de la pantalla en los ojos acuosos de Pedro.

—Timothy, el ratón, hace todo con buenas intenciones. Al final las cosas salen bien y termina siendo el representante de un elefante volador famoso. Sin embargo, creo que de cierto modo Timothy es un hijo de puta. Arriesga la vida de Dumbo sin saber si todo resultará lindo, sin saber si Dumbo no terminará hecho picadillo en el suelo.

—No me digas que el temerario Pedro Prokófiev se siente identificado con un ratón.

Pedro asiente. Se le escapa una débil sonrisa.

—Estoy cansado de decir mentiras.

—¿Qué te parece si ponemos las cosas en perspectiva? —Wolf contrae los labios— Hace diez años saliste de tu Unión Soviética, dejaste a los comunistas para aterrizar al otro lado del mundo y buscar una basura de vida tan solo un poco mejor que la que vivías allá.

—Llego y empiezo a entablar amistad con las hijitas de campesinos que venían del mismo agujero que yo. Muchachas preciosas, preciosas y analfabetas. Las engañé completamente. Les prometo un brillante futuro...

—¿Sigo yo? —el detective lanza la colilla de cigarrillo a varios metros— Conviertes a las hijistas de campesinos en las “ovejitas de Pedro”, una de las mayores redes de prostitución de la ciudad. De la noche a la mañana eres dueño de Calle Esmeralda de punta a punta. Y, ¿cómo lo lograste?

—Con la ayuda y protección...

—Con la ayuda y protección de Wolf, señor Prokófiev. ¡Yo te di los beneficios que necesitabas!

Alguno de los espectadores de las primeras filas de butacas se aclara la garganta exageradamente en un intento de callar a Wolf.

—Yo te di consejo, he limpiado tu nombre muchas veces en la comisaría, cuidé a tus ovejitas. Todo a cambio de una ínfima parte de la luz que estaba entrando a tu vida. Discúlpame, Pedro, pero soy yo quien dice cuándo y cómo se acaba tu negocio.

—No, ya basta de mentiras, Wolf. Se acabó. Ninguna pluma mágica haría volar a esas muchachas. Las liberé.

Wolf traga en seco y asesta un puñetazo en el espaldar de la butaca frente a sí. Abandona el asiento.

—¿Recuerdas lo que te dije que pasaría cuando un día hicieras algo erra-

—Que el lobo se comería a mis ovejitas. Recuerdo el instante exacto en

ese bar.

—También te dije que las encontraría fueran a donde fueran, ¿verdad? Al parecer eres peor que Timothy. Al menos su mentira funcionó.

—Ve y busca a las ovejas, lobo. Suerte.

Wolf muestra su sonrisa licántropa de nuevo y se va de la sala, despacio.

Las carcajadas de la sala contigua llenan el aire otra vez.

Justo después de acomodarse en el frío asiento de su Ford, el detective enciende la radio y mueve la perilla de sintonización hasta caer en la 193.6 Neverland FM, su emisora de entretenimiento preferida, en la que escucha cada día las tontas radionovelas de vaqueros o de aventuras en lugares exóticos y...

Interrumpimos nuestra programación para traerles una noticia de última hora:

Tras una inspección rutinaria del Departamento de Inmigración en el distrito 16, fueron encontrados cincuenta cadáveres en un establecimiento cuya fachada era un negocio de lavandería, pero que funcionaba como cuartel general para una red de prostitución, según informantes locales. Los cuerpos pertenecían a mujeres de entre catorce y veintiocho años de edad, de origen eslavo, que constituían todo el grupo de prostitutas de un tal Pedro Prokófiev.

Hasta este momento, se presume que la causa de muerte fue el envenenamiento con cianuro administrado en tazas de zbiten, una bebida tradicional rusa...

Wolf ríe y se rasca el mentón con el pulgar. Mira hacia las puertas del cine, con sus carteles de Dumbo pegados por doquier. Pedro, quizá, no eres tan malo como te crees, susurra. Llevaste tus ovejas a casa antes de que apareciera el lobo en el horizonte.



Romántica muerte

Por Jaime Hidalgo

México

Por unos segundos es todo vulgaridad
y luego inmediato silencio:
un sexo de fama virtual falsamente es penetrado
y sus gemidos digitales
antecedan mi terminación animal
—inagotable reserva de quien nunca ha estado—
y súbitamente sobreviene el desinterés.

Segundos más tarde,
despide la profunda oscuridad
orquestrada por el talento dactilar de Chopin
todo lo que duele
y una a una las teclas que acaricia
y a las que se entrega
son miedos olvidados por los minutos
que permanezco inerte.

Parece toda una romántica muerte
hasta que el agobio resucita
y desvanece el encanto todo aquello
que no volveré a hacer
como acariciar los labios de la aurora
o salvarme de este olvido sin fondo.



El autor es Licenciado en Comunicación por la BUAP. Actualmente dirige Onírica Colección Poética, proyecto audiovisual especializado en poesía contemporánea.

Aire

Por Hugo Israel López Coronel
México

“Durante mucho tiempo he querido inflar a mi padre con aire,
pero él ya está muerto”

(Padilla, 2017. Aire: 9:32)

Sin lugar a duda, la gran mayoría de nosotros reconocemos que la realidad es el punto de partida de la ficción, es decir, que la realidad siempre será la base o soporte para comprender cualquier narración ficcional o no ficcional, según sea el género narrativo que se atienda. En este sentido, toda narración requiere de un vehículo narrativo (relato) que permita contar una historia, o, dicho de otra forma, narrar los eventos o sucesos que uno o varios personajes viven en un contexto determinado.

Cuando nos acercamos a un relato podemos identificar, por lo menos, dos dimensiones: el lenguaje, o lenguajes, que estructuran al vehículo narrativo, y el tema o contenido de ese vehículo narrativo, es decir, la intención comunicativa. En la primera dimensión, los códigos lingüísticos y no lingüísticos (lenguajes) permiten configurar en nuestro imaginario la idea que se pretende comunicar a través de las referencias o experiencias que podamos tener de la realidad; diferentes autores han desarrollado teorías y modelos de análisis que explican este proceso. Para la segunda dimensión se requieren de ciertas competencias tanto cognoscitivas como cognitivas de orden histórico, ideológico, cultural, político, moral por mencionar sólo algunas, que nos acercan a la experiencia narrada, sin dejar de lado que también hay diversas propuesta teóricas y metodológicas para comprender científicamente ese fenómeno.

Aire (Padilla, 2007) es un cortometraje mexicano cuyo argumento central se sitúa en el infortunio que desde hace mucho tiempo padece Alfredo, personaje principal de la historia, al mantener a su padre con respiración artificial en un hospital después de que éste sufriera un evento que le provocó muerte cerebral. Además del personaje Alfredo, están su esposa (cuyo nombre no se menciona en el cortometraje) y su hijo, Noé, un niño de 5 años quien dará a su padre una lección que le hará tomar la decisión más importante de su vida.

La secuencia narrativa de este relato transcurre entre el hospital y la vida

cotidiana de la familia en casa. Un día, al salir del hospital la familia encuentra a un vendedor de pollitos, Noé pide a su padre que le compre uno y una vez en casa Noé decide dormir con el pollito, al cual aplasta provocándole la muerte. Noé piensa que poniéndole aire al pollito podrá revivirlo, alegoría que remite a la situación de su abuelo en el hospital. Este evento es precisamente el catalizador que lleva a Alfredo a tomar la decisión de desconectar a su padre:

-Noé, ¿qué estás haciendo?

-Poniéndole aire a mi pollito, lo aplasté cuando estaba durmiendo.

-Cuando dios nos da el aire para que vivamos, no es un aire común y corriente, es un aire especial, y cuando lo perdemos ya nada te puede regresar... Por más aire que tú le echas a tu pollito ya no va a volver porque ese aire especial se ha ido, ¿sí? Y ya no va a regresar nunca (Padilla, 2017: 7:50").

De acuerdo con Ricardo Piglia (2022), en Tesis sobre el cuento, todo relato clásico tiene un carácter doble en su forma narrativa; es decir, que hay una historia en primer plano: la historia 1, la cual corresponde en Aire (Padilla, 2007) al infortunio de Alfredo y la muerte cerebral de su padre, y dentro de este primer plano narrativo se construye en secreto una segunda historia: la historia 2, la cual corresponde a los acontecimientos que vive Noé, el hijo de Alfredo, y que lo motivan para comprender a cabalidad la situación clínica de su padre y la inaplazable decisión que debe tomar.

Nuestra intención en el presente texto no es elaborar un análisis narratológico del cortometraje, quizá pueda ser en otro momento, sino abordar la dimensión comunicativa que se configura en dicho relato. Esta perspectiva nos sitúa en la importancia que tienen los géneros narrativos como modalidades del pensamiento para ordenar la experiencia en una realidad dinámica, proteica y constante, pues estos discursos contribuyen a la elaboración del imaginario de la realidad humana y por tal motivo, moldean las relaciones sociales.

Por ello, comprender las posibilidades persuasivas de las narrativas nos invita a reflexionar más allá del relato para examinar el mundo social en el que la historia es contada, esto implica desarrollar una mirada que trasciendan el texto y el contexto performativo inmediato para colocar el evento narrado en esquemas sociales, históricos, morales, económicos y políticos más amplios y con ello permitir que las significaciones emerjan desde la intención comunicativa de la narración.

No nos queda duda que en el cortometraje Aire (2007) se pueden evidenciar estrategias discursivas que permiten que la narración sea un acto comunicativo bien o mal logrado, pero, también encontramos una intención comunicativa que nos invita a reflexionar para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto al reproducir una experiencia única que nos permita ver, bajo la superficie



opaca de la vida, una verdad secreta. “La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido, no en una lejana tierra incógnita, sino en el corazón mismo de lo inmediato” (Criado, 2024). Pero a todo esto, estimada/o lector, usted es quien tiene la última palabra, pues el problema no está en la realidad del texto, sino en la interpretación que usted hace de él.

Referencias

Criado, F. R. (30 de enero de 2024). Narrativa breve. Obtenido de Narrativa breve: <https://narrativabreve.com/2013/12/tesis-sobre-cuento-ricardo-piglia.html>

Padilla, F. J. (Dirección). (2007). Aire [Película].

SIC México. (7 de junio de 2012). Obtenido de Sic México: https://sic.gob.mx/ficha.php?table=produccion_cine&table_id=704

*El autor Es licenciado en Lingüística y Literatura Hispanoamericana y maestro en Literatura Mexicana por la FFyL BUAP. Docente en asignaturas de lenguaje en la FCcom BUAP y otras casas de estudio. Miembro del grupo de Investigación Narrativas para la Comunicación adscrito a la FCcom BUAP y coordinador editorial de la revista Óclesis.

Desprender

Por Román Ocotitla Huerta
México



No comprendía la dimensión de la vida rutinaria en mi cotidianidad; el clima diario, la sonoridad y los colores comunes arrebatában cualquier idea o ilusión sobre futuros posibles y ordinarios.

En el recuento de los días de nuestro pasado, hallamos memorias compartidas que reflejaban nuestra dicha expirada.

Un instante bastó para que esa alma, presente en los hábitos de mi existencia, irrumpiera trágicamente en la puerta que cruzamos un sinfín de ocasiones:

—Tengo malas noticias —.

A lo largo de mi vida, esa persona me preparó con frases y voluntades para afrontar cualquier situación. Nunca tuve la serenidad que me pidió en repetidas ocasiones. ¿Quién está preparado?

— ¿Por qué? — Pregunté al aire, acompañado de golpeteos repetidos sobre la pared.

— No me digas eso, por favor —, le grité tendido sobre la faz de la tierra.

— Ya no hablemos sobre esto, por favor —.

Su voz, convertida en tenues susurros, suscitaron una pesadumbre que no se detenía.

Le juré que cada relato y decisión que juntos tomamos, se revelarían en

un eco perenne. ¿Cómo explicarle en pocas palabras lo que significa para mí?

—Ven, abrázame —.

Sin soltar su cuerpo, el peso de una historia efímera se evaporaba.

Me aferré a sus prendas y el silencio de la cotidianidad nos alcanzó. Cada color, idea o futuro posible y común compartían la unidad de nuestros cuerpos.

Pasaron minutos o días sin que mi existencia notara el paso del tiempo. ¿Con qué sentido? ¿Cómo les explicaría a sus ojos que cerrarse precipitadamente no era una opción para mí?

Mis párpados, incapaces de sostener la confusión, abrieron paso a la luminiscencia de una tarde de junio.

—Aquí sigo. Te prometí que no me iría por ninguna razón. Ven, sostenme —.

Mi respiración contenida para escuchar su débil ánima se agitó... Un suspiro vibró en mi textura.

Allá, en la lejanía que evocaste con la figuración de una existencia habitual, se percibieron las melodías que coincidimos innumerables veces.

...No comprendía la dimensión de la vida rutinaria en mi cotidianidad. En el recuento de nuestro pasado, te encontraré con ademanes y afabilidad incomparables.

Nuestra integridad se reencontrará; una proeza nos suscribe.

Nuestros semblantes coincidirán en la infinitud; una senda nos remite.

A pesar del suplicio, hallaremos sosiego...es una promesa.



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

CONVOCATORIA

REVISTA DIGITAL NO. 16
(JULIO-DICIEMBRE 2024)

TEMÁTICA LIBRE

POESÍA
CUENTO
ENSAYO

BASES

Enviar colaboración al correo:

oclesis.mx@gmail.com

Características obligatorias:

- Formato Word, con tipografía Times New Roman, a 12 puntos e interlineado de 1.5.

Asunto del correo:

- Revista 16/nombre autor(a)/País

(NO SE TOMARÁN EN CUENTA
PROPUESTAS QUE NO
TENGAN ESTAS
ESPECIFICACIONES).

LINEAMIENTOS

En un solo documento formato Word anexar:

- Nombre completo del autor(a).
- País de origen y breve reseña curricular de dos líneas.
- Nota breve que exprese la autorización de la publicación de la obra en revista y/o página web (sujeto a aprobación del Comité Editorial).
- Solo se acepta una propuesta literaria por autor, inédita y original.

El documento en formato Word debe ser nombrado de la siguiente forma: *Autor_Título de la obra_País*.

EXTENSIÓN

Cuento:

- Una obra de máx. 3 páginas.

Poema:

- Una obra de máx. 2 páginas.

Ensayo:

- Una obra de máx. 4 páginas.
(Usar formato APA 7).

FECHA LÍMITE DE RECEPCIÓN:
24 DE MAYO DE 2024



ÓCLESIS, VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO



OCLESIS.MX



ÓCLESIS MX

ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

¡PUBLICA CON NOSOTROS!



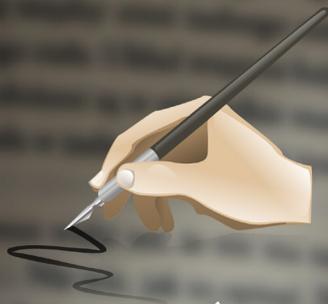
ENSAYO



OBRA GRÁFICA



CUENTO



POESÍA

WWW.OCLESIS.COM.MX



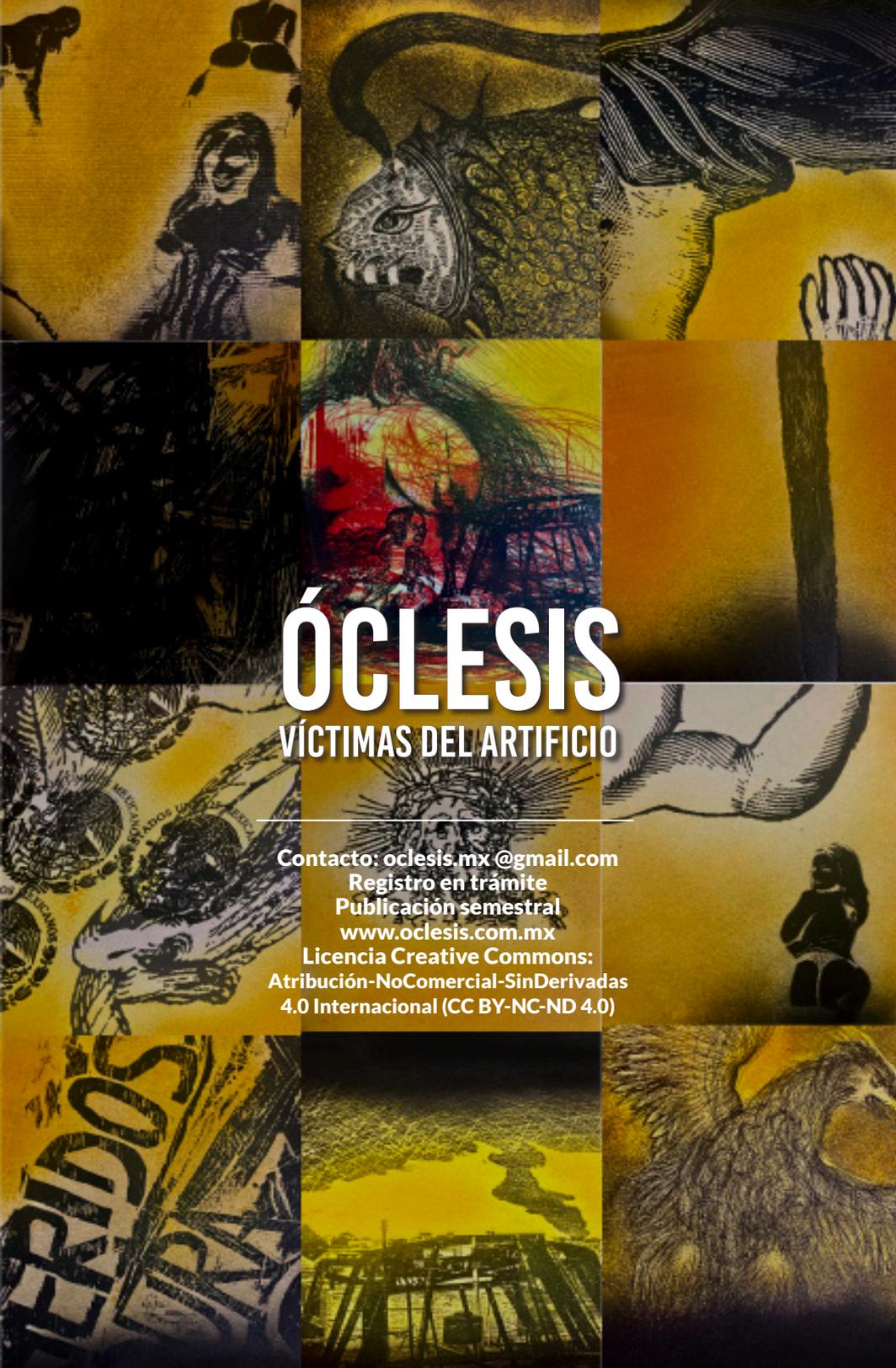
ÓCLESIS VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO



@oclesis.mx



Óclesis MX



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

Contacto: oclesis.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

www.oclesis.com.mx

Licencia Creative Commons:

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)